LA MAMACHA / PARAÍSO GASTRONÓMICO / SORPRESA.

por Frank Otero Luque

LA MAMACHA

La Mamacha -así la llamaba, de cariño- era la madre de tío Wilfredo, el esposo de tía Julita. Falleció cuando yo era todavía pequeño, pero su imagen se ha mantenido nítida en mi memoria, pues ella es una de esas personas que jamás se olvida.

Era una vieja gorda y verrugosa, de negras y abundantes greñas. Sujetaba sus cuadrados anteojos (dos "televisores") en la punta de la nariz, y solía mirar a las personas por encima de ellos, agachando la cabeza. Su ropa de "entrecasa" era una bata negra y larga (la única que le conocí); sebosa prenda de escote desbocado que, de cuando en cuando, dejaba entreverle la enorme pechuga. Verdaderamente, sólo le faltaba salir volando sobre una escoba, pero su aspecto no me asustaba en absoluto; todo lo contrario, yo la quería mucho. Bueno, en un principio.

La Mamacha vivía en una casa ruinosa, en la avenida Bolognesi de Barranco. Era una de esas casas con paredes de quincha[1] y techo muy alto, con tragaluces para compensar la falta de ventanas. El piso era de madera, pero lucía negro porque estaba siempre saturado de petróleo. "Eso mata las pulgas", decía ella. Al final de un largo pasillo, estaba la cocina; la habitación más iluminada, porque tenía un vano que daba a un patio interior, donde estaban los corrales y el baño. Éste, en realidad, no era sino un cuartucho de madera que encerraba exclusivamente el excusado. Cuando el pozo séptico se llenaba -me contaba la Mamacha-, era necesario cubrirlo de tierra y mudar el retrete a otro lado del patio. Gracias a Dios, en mis años de vida, nunca fui testigo de tan ignominiosa tarea.

La cocina era el epicentro del hogar, lo que no era sorprendente porque toda la vida de esa familia giraba en torno a la comida. Comer era para ellos la satisfacción de una necesidad biológica tan vital y permanente como respirar. "Barriga llena, corazón contento". Al lado del vano que daba al patio, pero separado por un tabique, estaban el fogón a leña y una mesa con un quemador a kerosene. Esta distribución desafiaba la lógica y las leyes físicas, porque los efluvios culinarios debían dar una vuelta completa a toda la habitación para luego huir hacia el patio en busca de libertad. Por supuesto, las paredes estaban tiznadas de hollín. No sé cómo soportaban aquello Carmela y Olga -las hijas de la Mamacha, quienes dormían en unos altillos, ahí mismo, dentro de la cocina.

A pesar de todo, me encantaba ir con tío Wilfredo a visitar a la Mamacha, porque ella criaba perros y gatos, y tenía muchísimas atenciones conmigo. Tanto ella como Barletti –su segundo marido, después de enviudar -solían rellenarme de dulces y regalarme toda suerte de chucherías (él era

[1] Trama de cañas enlucida con barro.

mercachifle[2] y tenía una enorme maleta). Nunca faltaba una palabra cariñosa hacia mí y, desde que llegaba, con sólo trasponer el umbral de la puerta -del postigo-, me convertía automáticamente en el centro de atracción; claro, después de mi tío.

La Mamacha pensaba que tío Wilfredo -aunque luciera como un elefante cebado- estaba muy mal alimentado, y comentaba delante de mí que tía Julita cocinaba sin sazón. Siempre decía que él estaba pálido y demacrado (¿Necesitaría ella un oculista?). Y, a la hora de la visita, fuese media mañana o media tarde, igualmente le servía una espesa sopa de carne con papas y fideos mazacotudos, o bien una montaña de *caucau*[3], y quizás hasta ambas cosas; potajes que ella le había preparado y guardado cual valioso tesoro. Tío Wilfredo se regocijaba succionando la médula gelatinosa de los huesos del caldo, y se devoraba el mondongo en un santiamén, dejando limpios los platos (Eran de fierro enlozado, blancos con borde azul). Invariablemente, le quedaba la boca toda grasosa, con una aureola amarillenta de cúrcuma. Sólo faltaba que un eructo final de rigor expresara su justo reconocimiento a tan opípara merienda.

Este ritual se repetía diariamente y, cuando yo lo acompañaba, tío Wilfredo me hacía jurar que no diría nada a tía Julita; con quien él volvía a almorzar o a cenar, según el caso, con el mismo apetito de un heliogábalo. Pero no había necesidad de que yo lo delatase, pues se encargaban de hacerlo las manchas de comida que le quedaban en la ropa (a pesar de colocarse un secador como pechera), y el simple hecho de que no bajara de peso, ni un sólo kilito, con las rigurosas dietas a las que tía Julita lo sometía. Mamá también sabía si tío Wilfredo me había llevado donde la Mamacha, porque mi ropa quedaba impregnada de olor a kerosene quemado, y solía ensuciarme las mangas de la camisa al apoyar los brazos sobre el pegajoso mantel de hule.

Tío Wilfredo siempre había sido obeso y así lo conoció tía Julita. Pero ella tenía entonces veintinueve años, edad que -en aquella época- la convertía inexorablemente en una solterona. Me figuro que, por esta razón, cuando él le propuso matrimonio, ella lo aceptó de inmediato, sin ponerse muy exigente, con la ilusa certeza de que luego lo desinflaría.

The last chance to roll the dice,
the last seat on the last train,
a late and weak spring rain
for the last seed of paradise.
This is what we mean to each other
in a way or another[4]*.*

Pero, ¡qué va! Cuando tía Julita se dio cuenta de que su esposo era una causa perdida y que, literalmente, nunca podría quitarse ese *peso* de

[2] Buhonero, vendedor ambulante.
[3] Guiso peruano, preparado con mondongo de res y papas.
[4] La última oportunidad para lanzar los dados, el último asiento del último tren, una tardía y débil lluvia primaveral para la última semilla del paraíso. Eso es lo que, de una u otra forma, significamos el uno para el otro.

encima (su fe católica no albergaba espacio para el divorcio), la pobre enfermó gravemente de los nervios, a tal punto de necesitar ayuda psiquiátrica y hasta internamiento temporal. Este hecho la tornó aun más impopular con su familia política, quienes nunca la habían aceptado del todo, porque la consideraban déspota y presumida.

Cierto día, como de costumbre, tío Wilfredo me llevó a visitar a la Mamacha, pero luego él salió al mercado para comprar chicharrones y me dejó en la casa. Ella estaba cocinando -¿cuándo no?-, Carmela planchaba sobre el mesón que había en el mero centro de la cocina, Olga remendaba unos calcetines de lana, y Barletti sacaba cuentas. Por mi parte, estaba de lo más entretenido jugando con uno de los gatos, cuando, sin querer, escuché la siguiente conversación:

-Esta cojuda[5] -decía la Mamacha, refiriéndose a tía Julita- no sabe hacer nada aparte de limpiar su casa, y ahora viene a "patinarle la azotea"[6], haciendo gastar a Wilfredito la plata que no tiene. ¿De qué le sirve tener el piso tan brillante?

-Lo que le hace falta es "bitute", comida de verdad –acotó Carmela, la hija mayor-. Tragarse un buen estofado de pollo y no andar con esas huevadas de puré, ensaladas o yogurt. ¿Te imaginas lo que debe sufrir el pobre Wilfredito; él que tiene tan buen diente y que está acostumbrado a su *tacutacu*[7], a un buen *menestrón*[8]? (Físicamente, Carmela era la versión femenina de tío Wilfredo...).

Barletti les guiñó un ojo y me señaló arqueando las cejas y apuntándome con el mentón.

-¡No!, no te preocupes -le dijo la Mamacha-. Panchito no va a decir ni una sola palabra, porque él está de nuestro lado. ¿No es cierto, hijito? -Me preguntó, y se quedó mirándome.

Yo no le respondí, pero igualmente me sentí un traidor con tía Julita. De hecho, ella no comía mucho y su sazón era insípida, y quizás la Mamacha tenía razón de que mi tío -por su misma contextura- necesitaba ingerir más comida que el resto de los mortales; pero no me gustaba que llamasen "cojuda" a mi tía ni que dijeran esas palabrotas, insultándola.

Barletti se dio cuenta de mi conflicto interior, y -para amainar la tensión- intentó defenderla:

-Lo que pasa es que Julita es una chica refinada y nosotros somos gente de barrio. Seguramente, ella...

-¡Qué refinamiento ni ocho cuartos! -interrumpió Olga, la hermana menor de tío Wilfredo. Una mujer se debe a su marido, a hacerlo feliz. Si quería un príncipe azul, se hubiese casado con otro, pues. Debería darle gracias a Dios de tener un esposo como Wilfredito, que no chupa ni le saca la vuelta. Yo que él, la agarraba a golpes, ¡carajo!, para que entre en vereda.

Esta reflexión me hizo recordar a papá -porque él sí bebía y le era infiel a mamá- y me puse a llorar. Pero ellos creían que mis lágrimas eran por lo que habían dicho acerca de tía Julita. Barletti me abrazó para consolarme, mirando a la Mamacha con desaprobación. Ella empezó a explicarme que

---

[5] En el sentido de "imbécil" (Vulgarismo, Perú).
[6] Fallarle a uno la mente (Jerga, Perú).
[7] Mezcla frita de frijoles revueltos con arroz (Perú).
[8] Sopa de origen italiano.

también querían mucho a tía Julita y que hablaban así porque les preocupaba su estado de salud. Era el nerviosismo lo que las hacía decir todas esas tonterías.
Tío Wilfredo llegó con un paquete de papel color crema, amarrado con pita. Las manchas de grasa en la superficie indicaban, sin lugar a dudas, que ahí dentro estaban las rebanadas de chancho y de camote frito, aún calientes, conscientes de que serían devoradas de inmediato. La Mamacha abrió el envoltorio con avidez, rompiendo la cabuya con sus dientes, y tendió el manjar sobre la mesa, ahí mismo, utilizando el papel como plato. Todos empezaron a rellenar sus panes y el tío estaba tan concentrado con el suyo, como en estado de trance, que ni siquiera se dio cuenta de que yo tenía los ojos enrojecidos e hinchados.

PARAÍSO GASTRONÓMICO

Tía Julita ha sido invitada a almorzar donde la Mamacha. Yo también.
-Esta blusa es la adecuada -dice, mientras la presenta frente a sus ojos, sujetando el colgador con un brazo estirado. Es de seda china -reflexiona-, pero ya está algo viejita.
No se ha puesto su mejor vestido, porque sencillamente lo arruinaría en ese ambiente, manchándolo de tizne e impregnándolo de olor a kerosene; sin contar el brillo que le saldría a los puños si accidentalmente apoyase sus brazos sobre el mantel.
Tío Wilfredo repara en el atuendo de mi tía, reconociendo la blusa que ella menos aprecia, la que casi no usa. Debe creer que lo hace para fastidiarlo y ofender a su familia; para hacerles saber -sin palabras- que los considera inferiores, que no se merecen algo mejor. Pero él no hace ningún comentario.
En el silencioso camino al "cadalso", observo a tía Julita mirando desde la ventana del auto las populosas calles de la parte fea de Barranco. Con sus ojos -ya contemplativos, ya
gachos-, y esos reflexivos y lentos parpadeos, pone en evidencia su arrepentimiento de haberse casado con tío Wilfredo.
Ella no pertenece a su mundo, a ese sub-mundo. Debe pensar que, mil veces, hubiese sido preferible quedarse soltera. De seguro, imagina con antelación lo que le servirán de comer: mote con chicha de jora, como aperitivo; tamales con salsa de cebolla roja, de entrada; y, para el que quiera, también relleno frito (¡claro, no a todo el mundo le gusta la sangre!). Habrá una espesa sopa con menudencias y, quizás, sumergido en el caldo, encontrará un pedazo de mandíbula de sabe Dios qué animal. Apartando las moscas que revolotearán a su alrededor, tendrá que engullirse el picante de cuy[9] -la especialidad de la Mamacha- y deberá elogiarlo por enésima vez. Por supuesto, todos estarán ya muy satisfechos para probar los duraznos al jugo enlatados que les ha llevado para el postre. "La muy

[9] Cobayo

ociosa no sabe preparar ni una mazamorra", después rajarán cuando se haya ido.
Y, de hecho, la conversación durante el almuerzo irá a tono con el menú: "El Pluto -original nombre de uno de los canes- ya se está curando de las garrapatas"; "Al hijito de doña Dolores –la vecina- se lo han llevado de emergencia al hospital, porque estaba deshidratándose con disentería" (aunque ellos dirán crudamente "diarrea"); o sino comentarán que a Carmela le disgusta la nueva moda de zapatos en punta, porque le sacan callos, y así sucesivamente. Tía Julita asentirá con la cabeza y les dedicará, una y otra vez, una forzada mueca que infructuosamente intenta ser sonrisa.

SORPRESA

Es el cumpleaños de tío Wilfredo y tía Julita le ha organizado una sorpresa. Cuando él llegue a almorzar (probablemente por segunda vez), allí estaremos esperándolo la Mamacha y Barletti, Olga y Carmela -sus hermanas solteronas-, y yo.
Tía Julita ha preparado *pisco sour*[10] y Barletti me agencia un vasito. Simultáneamente, Juana -la doméstica- pasa una bandeja con empanaditas de cóctel, espolvoreadas con azúcar impalpable. La Mamacha se las traga como píldoras, una tras otra. Carmela y Olga son más delicadas y las muerden de a pocos, pero el pulverizado se les pega en el rouge de los labios. Se dan en la boca unos toquecitos de servilleta, aunque no les sirve de nada.
-Están deliciosas estas empanadas -comenta la Mamacha-. ¿Tú las hiciste, Julita? -interroga con ponzoña.
-No, señora. Las compré -confiesa mi tía fastidiada, detectando la cerbatana con curare que alberga la pregunta.
-¿Y le gustó el *pisco sour*? -repregunta tía Julita con ironía, porque sabe que la Mamacha ya se va libando como tres.
-Es un buen remedio para la presión -contesta la Mamacha, dejando automáticamente su vaso sobre la mesita lateral.
Olga se acerca a la ventana y prende un cigarrillo. Percibo que huele muy fuerte y noto que el filtro está manchado de rojo porque lo chupa en cada pitada, pero ni siquiera esto la ayuda a librarse del azúcar en los labios. Disimuladamente, creyendo que nadie la observa, la veo quemar la cortina, haciéndole un huequito al tul con la colilla encendida. De la impresión, me atoro con el *pisco sour*, empiezo a toser, y Barletti me quita el vaso de la mano. Tía Julita me da suaves palmaditas en la espalda, hasta que se me pasa el estrago. Me siento profundamente decepcionado de Olga, pero no me atrevo a acusarla.
-¡Ahí está llegando Wilfredito! -anuncia Olga, quien continúa mirando por la ventana, con cara de mosca muerta; de angelical inocencia.

[10] Cóctel representativo del Perú.

-Todos métanse al baño -nos indica tía Julita-. Y, ¡rápido, Juana!, lleva los vasos a la cocina para que el señor no se dé cuenta -le ordena.
Pasan unos segundos, tío Wilfredo mete la llave en el cilindro y abre la puerta. Al momento de cerrarla, se sorprende de encontrar la cartera de la Mamacha -que él reconoce de inmediato- colgada del pomo de la cerradura, por la parte interior.
En un sólo instante, tía Julita ha pasado de la ilusión a la amargura y de ésta a la apatía. Todos hablan a la vez, saludando a tío Wilfredo por su cumpleaños, pero ella está como ausente. Cual autómata, trae de su cuarto el mantel que había planchado con esmero delante de mí, temprano en la mañana, y lo guarda en el aparador. De otro cajón, saca individuales de plástico y servilletas de papel, y los reparte sobre la mesa como una mano de póquer. Entra a la cocina y regresa con un azafate. La sigue Juana con un par de fuentes. Mudas ambas, colocan los cubiertos en los puestos y dejan las bandejas en el centro. Nadie nos llama, pero instintivamente nos acercamos a la mesa. Me sorprende la sencillez de la presentación, algo impropio de tía Julita para las grandes ocasiones.
La Mamacha se sienta en una cabecera y, por encima de sus anteojos, escruta el *buffe*t. Ya todos estamos instalados alrededor, inclusive tía Julita; cuando en eso, de pronto, se escucha una exclamación de horror:
-¡Válgame Dios! -grita fuertemente la Mamacha, con la mirada clavada en la mesa.
Los comensales no comprendemos de qué se asombra.
Recorro rápidamente las viandas sin notar nada extraño: enrollados de jamón con espárragos y mayonesa, más allá un plato con vegetales salteados, a su lado un bol con puré de papas y, por el otro extremo, una fuente repleta con hermosos medallones de lomito. Todo está normal.
-¡Pero si la carne... es-tá cru-da! -verbaliza Carmela, terminando la frase lentamente, en forma casi imperceptible.
Tío Wilfredo voltea desconcertado hacia tía Julita y, en su rostro, reconoce que su mente la ha vuelto a traicionar. Ella nos mira a todos con los ojos bien abiertos, se para bruscamente de la mesa y corre a encerrarse en su dormitorio. Mi tío la sigue, pero no lo deja entrar.
La Mamacha levanta la fuente de medallones y se la lleva hacia la cocina. Va meneando la cabeza de un lado a otro, no sé si en señal de desaprobación o como convenciéndose de sus propias conjeturas.
Tío Wilfredo trata de excusar a tía Julita:
-Son sus nervios -dice-. Ya no sé qué hacer. -Y se le salen las lágrimas.
Sus hermanas lo abrazan y le susurran palabras de consuelo. Yo no quiero estar ahí, porque seguramente empezarán a insultar a mi tía, como la otra vez.

Huele a cebolla, a ajos, a fritura. Repentinamente, aparece triunfadora la Mamacha con una humeante bandeja de lomo saltado (¡ha picado los medallones!), sosteniéndola bien en alto, como quien muestra un trofeo. De inmediato, tío Wilfredo recobra la felicidad perdida, porque se le enciende el rostro como un aviso luminoso.

La mesa es ahora un cementerio de platos sucios, con cigarrillos apagados dentro de ellos y tenedores ahogados en salsa. Carmela se ha sacado los zapatos porque le aprietan, y la conversación es muy fluida: que dieron de alta al hijo de doña Dolores, que están anunciando un nuevo pulguicida para gatos, que las hemorroides están matando a Héctor...
Tía Julita sale sorpresivamente de su cuarto y se disculpa ante todos:
-¡Perdónenme, por favor! ¡Qué cabeza la mía! -dice con voz de resfriada, porque tiene la nariz tupida. Pareciera haber perdido un *match* de boxeo y con muchos puntos de *handicap*, porque los ojos se le ven pequeñitos, como dos puntitos, en medio de su cara congestionada, ya lavada y blanca como un molde de queso fresco.
-No te preocupes, Julita. Comprendemos por lo que estás pasando -le manifiestan sus cuñadas, con cadencia simpatética.
A Olga no le creo ni media sílaba.
La Mamacha se para de la mesa, pega la esfera de su reloj a una de las lunas de sus gafas, mientras guiña el ojo contrario para distinguir mejor las manecillas; y decreta –con voz de general- que se ha hecho demasiado tarde. Sin protestar, todos abandonamos nuestros respectivos asientos, damos las gracias, besos van y besos vienen. Tío Wilfredo y tía Julita nos acompañan a la puerta. Inesperadamente, la Mamacha extiende sus brazos hacia mi tía, rodeándola con las limitaciones que le impone su barrigota. Tía Julita, conmovida, también la abraza fuertemente. “Después de todo, la vieja sí me quiere”, debe pensar mi tía.
Aunque no le veo el rostro a tía Julita, porque está de espaldas a mí, yo también me emociono con la escena, como todos los presentes; pues ese abrazo es interpretado como una bandera blanca, como una capitulación. Pero, inmediatamente, el cuadro se me trastroca por completo, cuando -por casualidad- distingo la diestra mano siniestra de la Mamacha, limpiándose los pringosos dedos en la blusa de seda de tía Julita...

Frank Otero Luque, FOL *(Lima, Perú, 1959)*

Literato y fotógrafo. Vivió parte de su juventud en los Estados Unidos de Norte América y una década en Venezuela. Es presidente de la asociación sin fines de lucro MANOS*, dedicada a promover la cultura, el turismo y la producción artesanal. Ha integrado el taller de escritores dirigido por Cronwell Jara en la* Casa Museo José Carlos Mariátegui*, y el círculo de estudio y creación literaria liderado por Rosa Natalia Carbonel. Pertenece al movimiento* Martes Poéticos*, al* Consejo Internacional de las Artes (INTER ART)*, y es Embajador en Lima de la* Asociación Latinoamericana de Poetas (ASOLAPO)*. Publicó el libro de cuentos y relatos* El Señor de Palpa *(Editorial Milla Batres, 2003). Más información sobre el autor en: http://www.geocities.com/oteroluque_ediciones/literaturayfotografia.html*